BBC

DOCTOR WHO

# PRISIONERO DE LOS DALEKS

TREVOR BAXENDALE

DOLMEN
EDITORIAL

# Introducción

Me encantó escribir *Prisionero de los daleks*. En cierto modo, es el libro de *Doctor Who* que más fácil me ha resultado escribir.

No pensé que fuera a ser así, al menos al principio. Cuando me pidieron escribirlo, me pareció una responsabilidad enorme. ¡Daleks! ¡Con David Tennant como el Doctor! ¡Viajando solo, sin compañeros, sin referencia a la Guerra del Tiempo ni a la serie regular…! Oh, había tantas cosas que podían salir mal... Me sentí halagado, más bien honrado, de que me lo pidieran, porque era el primer libro completo original de *Doctor Who* en incluir a los daleks en mucho mucho tiempo. Pero me ponían en esa situación por confianza. Tenía que hacerlo bien.

Algo de trasfondo: el libro que iba a escribir tenía que formar parte de una serie de novelas originales para celebrar y presentar a los monstruos más famosos de *Doctor Who*, que se iba a publicar en el año de los especiales televisivos, durante el famoso y valiente año final del Décimo Doctor.

Había más monstruos, por supuesto, pero este libro iba a tener a los daleks, el mayor enemigo del Doctor de todos los tiempos, el monstruo principal de *Doctor Who*. La otra cosa, aparte del Doctor y la TARDIS, que conoce todo el mundo.

Me esperaba que la ansiedad me paralizara. ¿Podría pensar una historia lo bastante buena, una historia tremenda que le hiciera justicia a los daleks y al Doctor? Era una historia que tenía que satisfacer

tanto a los nuevos fans de la serie como a los veteranos. A los lectores casuales y a los fieles. Parecía difícil, por decir poco.

Pero al final no resultó tan difícil, porque la historia que había querido escribir desde que tenía…, bueno, desde que Jon Pertwee era el Doctor…, acababa de aparecer. Una historia que prácticamente se escribió sola, con personajes en los que nunca había pensado, pero a los que ya conocía.

Y los daleks… Bueno, ¡escribirlos era divertidísimo! No tienen característica redentora alguna. Son puros, son incansables, son despiadados. Son daleks. Todo el mundo sabe cómo son.

He mencionado a Jon Pertwee (vale, uno no solo *menciona* a John Pertwee, dice su nombre con reverencia). Fue el primer Doctor que vi, cuando era un niño espigado e impresionable. Ahora, como adulto espigado e impresionable, algunas de sus historias televisivas siguen acechando en mi subconsciente. Una de ellas fue *Planet of the Daleks* (allá por 1973, para quien le importen esas cosas). Al verla perdí el aliento de miedo y aprensión, mientras el Doctor (o *Doctor Who*, que es como pensábamos todos en él por aquella época) era capturado y encerrado en las profundidades de una base dalek, en el planeta tremendamente inhóspito de Spiridon. Y no se me ocurría peligro mayor que pudiera sufrir el Doctor. ¡Había sido capturado! ¡Por los daleks! ¡Estaba perdido! (He dicho que era impresionable.)

Y además estaba el resto de los detalles de esa historia: el efecto que tenían las temperaturas bajo cero sobre las máquinas de los daleks; la banda de intrépidos hombres y mujeres que ayudaron, o estorbaron, al Doctor; su compañera, increíblemente valerosa... Todas esas cosas se habían inyectado profundamente

en mi consciencia y sabía cómo honrarlas en mi historia sobre los daleks. Como poco se lo debía a mi yo de ocho años.

La escena del interrogatorio de *Day of the Daleks* también había dejado huella en mi psique. (Era 1972. Por entonces era aún más impresionable.) El Doctor, de nuevo a total merced de sus archienemigos, amarrado a una mesa, en una postura supina nada propia de él, sujeto a las peores compulsiones de sus torturadores (y nadie tiene peores compulsiones que los daleks).

¡Ah, sí, tenía que haber una escena de interrogatorio!

Hubo más cosas a lo largo de los años que alimentaron mi idea de la perfecta historia sobre los daleks: quería entrar *dentro* de un dalek, literal y figurativamente. No hay mayor escalofrío de terror, ante lo abominable, que mirar dentro de la carcasa de un dalek y encontrar la criatura terrible que vive ahí. Una reminiscencia deliciosa de la búsqueda de las cosas que viven bajo una roca húmeda. Pero no quería *verlo* y ya está, a estas alturas todos sabemos qué aspecto tiene el mutante del interior; quería *conocerlo*, quería que el Doctor se sentara y hablara con un dalek en su forma más pura, cara a cara, inalterado.

Sorprendentemente, el Doctor no suele hablar con los daleks. Tiene conversaciones y discusiones con Davros de vez en cuando, pero nunca con un verdadero dalek. Le gritan e intentan matarle, y él los desafía y los derrota, pero nunca se quedan a charlar. Por supuesto, esto se debe sobre todo a que los daleks no son buenos interlocutores en el sentido tradicional. Pero para mi libro necesitaba a un dalek que pudiera aguantar el tipo contra el *último señor del tiempo*, un ser singular que tuviera suficiente fuerza de voluntad

por sí mismo; no unos restos patéticos y agonizantes retorciéndose en su carcasa, sino el pez gordo, el dalek al que temían *los demás* daleks.

Tenía a ese personaje en mente. Un dalek inquisidor de renombre, al que llaman para interrogar al Doctor cautivo. Tenía que ser brillante, malévolo y, en resumen, un dalek Alfa. Pero ¿Cómo podía llamarlo? Necesitaba un nombre, y los daleks en realidad no tienen nombres (a menos que formen parte de el exclusivo, pero aún por fundar, Culto de Skaro). Y no quería ningún nombre antiguo. Debía significar algo. Durante mucho tiempo me referí a este dalek en mis notas como *Dalek X*, con la esperanza de encontrar un nombre adecuado más adelante. Me llevó mucho rumiar y mirar esas notas a mano antes de darme cuenta de que el nombre perfecto, el nombre evidente, estaba mirándome a la cara.

Lo conoceréis en este libro y espero que os guste.

Espero que también os guste el resto de los personajes: el duro y curtido capitán Jon Bowman (que se llamaba Archer hasta que descubrí que ya había un capitán Archer en el espacio…); su tripulación de inadaptados y buenos para nada, y la adorable y vivaz Stella. Stella iba a ser la ayudante *invitada* del Doctor, sustituta de sus compañeros habituales mientras viajaba solo. Al Doctor le caía bien. Y a mí también. Espero que también os caiga bien. Ya veréis cómo se las gasta cuando leáis el libro.

Estoy enormemente agradecido de tener la oportunidad de escribir este libro. Espero haberle hecho justicia al Doctor y a los daleks.

**Trevor Baxendale**
Octubre de 2013

*Para Martine, Luke y Konnie, para siempre.*

# Prólogo

Era un mundo olvidado.

En el linde mismo del espacio conocido, con lo que el planeta casi parecía más bien una mota de polvo flotando entre estrellas. Desde la superficie de este mundo, el sol más cercano solo era visible como un azulado brillo en el horizonte. Un planeta sumido en un crepúsculo perpetuo.

Estuvo habitado antaño, en el típico afán de la humanidad para alejar de sí las oscuras fronteras del universo. El planeta había sido una escala importante entre los mundos antiguos y las distantes estrellas sin cartografiar del infinito.

La basura típica de un grupo de humanos impaciente por partir salpicaba la superficie: edificios prefabricados vacíos, maquinaria corroída, componentes de plástico agrietados por el abuso. Los ordenadores yacían dormidos, su propósito perdido en el sueño sombrío de algo apagado.

Pero incluso un lugar remoto y olvidado puede volverse importante, aunque sea solo para los que lo visitan.

No había soplado viento alguno desde hacía una eternidad que perturbara el polvo, pero, en un lugar discreto, en medio de la abandonada estructura central, una brisa surgió de ninguna parte. Los escuchimizados hierbajos que luchaban por abrirse paso entre el pavimento se estremecieron y se retiraron. Un sonido salvaje y repentino reverberó contra las paredes de los edificios de alrededor, aumentando en un *crescendo* de zumbidos y gruñidos, hasta que una

estirada caja azul emergió a la existencia de la nada.

Las puertas de la TARDIS se abrieron como impulsadas por un resorte y el Doctor salió de un salto con evidente enfado.

—¡Pues vale, se acabó! —gritó—. Ya he tenido suficiente. ¿Qué te pasa?

La TARDIS no contestó.

El Doctor sumergió las manos en sus bolsillos y sacó el labio inferior.

—Llevas portándote así de raro desde que salimos de la Tierra. ¿Qué te pasa? ¿Te ha entrado arena en los estabilizadores dimensionales? ¿Se te ha roto un piñón del filtro temporal relativo?

Siguió sin haber respuesta.

El Doctor suspiró.

—Me estás costando una fortuna en reparaciones, que lo sepas. ¿Cómo voy a viajar en una TARDIS modelo clásico si no hace más que saltar de ruta temporal cuando aterriza?

Gradualmente, el Doctor empezó a ser consciente de sus alrededores, como si el silencio se hubiera aclarado la garganta de forma tan educada como imposible.

Giró sobre sus talones. La tela de sus playeras ya estaba salpicada de polvo. Dejó que su mirada vagara entre los vacíos edificios y la maquinaria destartalada, y entonces olisqueó.

—¿Dónde estamos? —se preguntó en voz alta—. ¿De verdad tiene sentido que hable conmigo mismo?

Le echó una mirada acusadora a la TARDIS y entonces cerró la puerta con llave.

—Ya ni siquiera consigues llevarme a sitios interesantes —masculló.

Luego se relajó un poco y sonrió, dándole una amistosa palmada a la cabina de policía.

—¿A quién quiero engañar? Siempre hay *algo* interesante…

Vagabundeó camino abajo entre dos edificios prefabricados y llamó unas cuantas veces:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Nadie contestó.

—¡Hola! —volvió a llamar.

Su voz regresó hasta él en un eco burlón. Sobre él, más allá de una niebla gris, no había nada más que espacio profundo y una lejana estrella de neutrones.

—¡Brrr! —dijo, deseando haberse parado a coger el abrigo antes de dejar la TARDIS.

Avanzó dando pisotones hasta que encontró un podio de acero, picado por la corrosión, que sostenía una antigua y arañada pantalla de ordenador. Pulsó algunos botones del teclado, pero no ocurrió nada. Probó a darle un golpe con la palma de la mano, pero tampoco reaccionó.

El destornillador sónico acabó con el estado durmiente del terminal informático en segundos. Un minuto después, el rostro del Doctor fue bañado por una luz fría al activarse el monitor. Apareció girando una imagen llena de estática:

BIENVENIDO A LA ESTACIÓN
FARO DEL NORTE 479

—Oye, pues muchas gracias —contestó el doctor—. Encantado de estar aquí. O más bien no.

Se puso las gafas y empezó a desplazar los datos con el dedo.

—Ah, esto sí que es interesante —dijo, sonriendo y asintiendo—. Con razón está desierto el sitio este. No ha habido nadie en, ¡eeeh!, un porrón de tiempo. Una estación de reabastecimiento ya no sirve de nada por esta parte del espacio, ¿verdad? Y aquí estás tú, el pobre interfaz informático, olvidado y solito.

Usó el destornillador sónico para indagar un poco más en los bancos de datos del ordenador.

—Caray… ¿Y entonces qué ha estado pasando? Tus subrutinas independientes están bastante hechas cisco, ¿no te parece?

Frunciendo el ceño, el Doctor buscó la puerta más cercana.

—Mejor que mire a ver si no se ha corrompido tu disco duro operativo —murmuró—. No podemos dejar que a un sitio así se le vaya la olla, te caería encima el Departamento de Sanidad y Seguridad Laboral de la Proclamación de las Sombras como una tonelada de ladrillos.

El destornillador se encargó rápidamente de la puerta y el Doctor la cruzó. Hacía frío, y el aire olía a metal y a aceite. Le recordó a las antiguas refinerías de la Tierra: sitios llenos de bordes afilados y ángulos despiadados y brutalmente prácticos. Encontró una escalera y trotó escalones abajo, con el metal tronando bajo sus suelas de plástico.

Pescó una linterna de su bolsillo y la encendió. El haz encontró paredes llenas de remaches y cables eléctricos en desuso. Ahí abajo hacía más frío y había gruesas telas de araña colgando en las sombras. El Doctor apartó unas pocas, sorprendiendo a un puñado de formas de vida arácnidas, que huyeron al instante en busca de refugio, con sus patas larguiruchas correteando por el techo. Evitó algunas de las telas más grandes; ya se las había visto por las malas con suficientes arañas en la vida como para saber qué evitar.

Más abajo, llegó a un corredor desnudo con un suelo de hormigón lleno de escombros y mugre. Su linterna recorrió la zona hasta encontrar un letrero que decía:

NUCLEO DE DATOS INFORMÁTICO – PROHIBIDO EL PASO A PERSONAL NO AUTORIZADO

La puerta de acceso estaba cerrada, pero la forzó sin esfuerzo. El destornillador sónico resultó ser toda la autorización que necesitaba.

—Qué raro —dijo el Doctor en voz alta.

Su voz sonó plana en el espacio confinado del interior. Ahí no parecía haber ningún terminal informático, y desde luego no había rastro de núcleo de datos alguno.

Algo tirado en el suelo llamó su atención. Algo blanco y suave, medio oculto en lo que parecía una pila de ropa sucia. La linterna resplandeció contra el hueso y, en ese instante, el Doctor reconoció que era la forma de un cadáver humano, acurrucado contra la pared opuesta. Era un esqueleto completo, sostenido apenas por los restos de piel seca. Llevaba los harapos de un mono de trabajo, con la tela deshecha metida en unas botas de plástico agrietadas.

El Doctor se arrodilló e inspeccionó el cadáver, pero no había modo de identificarlo.

«¿Y tú qué hacías aquí dentro? —se preguntó sombrío—. Supongo que lo mismo que yo. Meter las narices donde no debías…».

La puerta se cerró tras él con un sonoro *clank*.

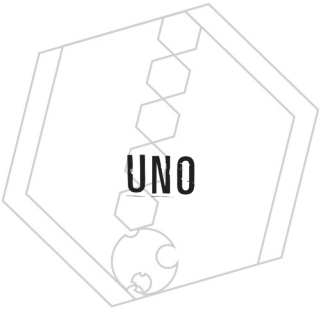
El Doctor se levantó de un salto e intentó abrirla, pero estaba cerrada. Probó con el destornillador sónico de nuevo, pero sin éxito.

«Cerrada, bloqueada y oxidada —refunfuñó—. Parece que hoy no es mi día de suerte, ¿eh?».

Se apartó de la puerta y revisó la celda, que en eso se había convertido la sala, buscando una salida. Por supuesto que no la encontró. Estaba atrapado ahí, solo, salvo por el consumido cadáver del suelo. Sin modo de salir y sin nadie que supiera, o a quien le

importara, si estaba ahí.

«Bien hecho, Doctor —se felicitó—. Ahora solo puedes sentarte a esperar. Alguien habrá programado la puerta para que se cierre así. Tendrán que venir a su trampa de vez en cuando para ver si han cazado algo —miró apesadumbrado al esqueleto— en cualquier momento».



# UNO

No seas tan chiquillo —dijo Stella.

Scrum intentó soltarse el brazo, pero Stella lo tenía muy bien agarrado.

—¡Au! ¡No soy chiquillo! ¡Au, au, au!

Palpó la herida con el paño antiséptico y le sonrío alegre.

—Ya estás. Listo.

Scrum apartó la mano despacio, casi sin creer que le dejara. El corte de la mano le dolía, pero estaba limpio.

—¿Y no puedes hacer nada más?

—¿Amputártela? —sugirió Stella con picardía.

—Va en serio. Me duele, que lo sepas…

Stella puso los ojos en blanco.

—¿Te parece bien una crío-carga?

—¿Y eso qué hace?

—Te baja la temperatura del cuerpo a cero absoluto en medio segundo. Te congela en el sitio, literalmente. Te llevamos de vuelta al planeta, donde hay hospitales como Dios manda, y allí te descongelan y te curan —sonrió—. Quita esa cara de miedo, Scrum, estoy de broma. No gastaría una crío-carga en un patán como tú. Son solo para emergencias.

—Vale, tú ganas.

—Toma.—Stella le tiró un vendaje envuelto en plástico, que le rebotó en la cabeza—. El último apósito de campaña. Todo tuyo, grandullón.

—No te burles de mí—dijo Scrum—. No estoy entrenado para el combate.Ni siquiera me gusta pelear. Soy un técnico informático, no un soldado.

Estaban sentados en el pequeño compartimento médico de la nave. Era demasiado pequeño para llamarlo enfermería. Apenas era lo bastante grande para contener una camilla estrecha, algunos ordenadores, provisiones y una silla giratoria para Stella. Giró en ella y cogió su botella de agua.

—Has tenido suerte de no perder el brazo —le dijo, dando un sorbo—. Un par de centímetros en cualquier dirección y a partir de ahora programarías con una sola mano.

Scrum miró abatido su brazo y abrió el envoltorio del apósito con los dientes. Parecía haber encogido más de lo normal. Era bajo, con algo de sobrepeso, de mirada triste y con el pelo liso y prematuramente cano, atado en una coleta rechoncha. Con la punta teñida de verde como único recuerdo, de hace mucho, de un intento de parecerle más interesante a las mujeres.

Stella dejó su agua.

—¿Qué pasa? Venga, me lo puedes decir.

—Antes casi nos mato. —dijo en voz baja y la miró—. Ni siquiera era una misión de verdad. Solo era una trampa estúpida para bandidos y casi nos mató a todos.

—Olvídate. Estás vivo y los demás también, y eso es lo que importa. Como he dicho, tuviste suerte. Siempre tenemos suerte.

Él suspiró:

—Algún día se nos acabará.

—Pues fabricaremos suerte nueva. Venga, vamos a comer algo —y lo dirigió hasta el estrecho pasillo hacia la cantina.

Scrum la siguió, apretando el apósito en su lugar.

—Bowman no cree en la suerte. Él no lo va a ver así.

—Tú déjame a Bowman a mí —le aconsejó Stella.

Un hombre alto, musculoso y oscuro, con uniforme de combate, hacía dominadas en la cantina, colgado de una tubería que atravesaba el techo, y que se combaba y crujía bajo su peso. Mostró una gran sonrisa cuando vio a Stella y Scrum.

—¡Eh! ¿Qué tal, amigos míos? ¿Cómo está el malherido?

—Sobreviviré —dijo Scrum, forzando una sonrisa—, o eso parece.

Stella se dejó caer sobre otra silla y se recogió el largo pelo negro en un copete desaliñado que ató con una goma para el pelo.

—Nos quedan muy pocos suministros, Vanguardia. He tenido que usar paños antisépticos porque ni siquiera hay *bactoray* ya. Vamos a tener que parar pronto para conseguir más provisiones.

Vanguardia se dejó caer suavemente sobre la cubierta.

—Ya. No va a ser nada fácil. Estamos en espacio profundo, muy cerca de la frontera.

—Voy a tener que decírselo al capitán.

Vanguardia se limpió el cuello con una toalla y sonrió

—Pues mejor tú que yo, guapa.

Stella se detuvo un momento frente a la entrada al camarote del capitán Bowman. Los tripulantes no

eran llamados a presencia del capitán a menudo. Respiró hondo y abrió la puerta.

—Lamento molestarte, capi…

Jon Bowman descartó la disculpa con un simple movimiento de un dedo. Era un hombre grande en todos los sentidos de la palabra: alto, de hombros amplios, con el cuerpo tonificado y endurecido tras décadas de combate. Su rostro parecía haber sido tallado de un único bloque de granito, con ojos profundos que ardían tras una frente sobresaliente, la nariz un poco rota sobre unos labios delgados y rectos. Su pelo oscuro estaba descuidado y ahora ya salpicado de gris, y lo llevaba sujeto con una bandana de un rojo sangre.

—La nave ha sufrido daños —dijo sin preámbulos. Su voz era un rugido profundo y masculino. Nunca tenía que levantarla para ser escuchado y nunca malgastaba una palabra—. Los piratas nos han hecho un agujero en uno de los tanques de combustible traseros. Vamos a tener que parar para hacer reparaciones.

Stella soltó un flojo suspiro de alivio. ¿Qué le había dicho a Scrum sobre tener suerte?

—¿Alguna idea de dónde? —preguntó.

Bowman se reclinó hacia delante en su sillón. Tenía un escritorio pequeño, lleno de viejos repuestos, armas, monitores, cartas de navegación. Había una pequeña holofotografía en 3D de un hombre joven y una mujer sonriendo a la cámara. Con los brazos entrelazados alrededor de un adolescente larguirucho de pelo oscuro y nariz rota. Él también sonreía. A Stella le gustaba pensar que se trataba de un joven Jon Bowman, con sus padres, en una vida de hace mucho.. ¿Pero él había sonreído alguna vez? Stella nunca se atrevió a preguntarlo.

Bowman pulsó una de las pantallas cartográficas

de su mesa. Movió la holofotografía a un lado para tener más espacio´.

—Estamos en el sector Kappa Galanga. Aquí no hay nada, salvo piratas y la frontera del espacio terrícola. Nos encontramos a veinte años luz del sistema estelar habitado más cercano y a cuarenta de algo que pueda considerarse civilización. Y no tenemos combustible para ninguno de los dos.

Stella frunció el ceño, mirando las cartas.

—¿Entonces?

Bowman señaló un punto de luz solitario en el mapa con un dedo grueso.

—Solo hay una opción. Este sitio. Pequeño, olvidado y ni siquiera aparece en las cartas modernas, pero está dentro de alcance. Solía ser un punto de escala fronterizo, así que puede que tenga lo que necesitamos.

—Está en la mismísima frontera —dijo Stella cautelosamente.

Bowman subió la mirada hacia ella. Sus ojos grises eran fríos como el acero.

—No he dicho que no fuera peligroso.

—Pero sí que es nuestra única alternativa.

—Exacto.

Stella miró más de cerca y leyó el nombre que estaba escrito junto al diminuto planeta.

—Hurala. Qué bonito.

—No lo será.

La *Caminante* era una nave patrullera de la Marina Espacial reconvertida que habían salvado de que la llevaran a la chatarra veinte años antes de que Bowman se hiciera con ella. Había sido reacondicionada más veces de las que pudiera adivinar cualquiera de sus actuales tripulantes, y desde luego más de las

que constaban en su cuaderno de bitácora. El interior había evolucionado conforme a las necesidades de sus distintas tripulaciones a lo largo de los años, pero su interior seguía siendo igual de estrecho y claustrofóbico. Mientras la *Caminante* aterrizaba en el planeta Hurala, Stella empezó a sentirse desesperada por respirar algo de aire fresco. Empezaba a notar que estaba atrapada. Se inclinó hacia delante en su asiento de piloto, mirando por encima del hombro de Vanguardia a la superficie marrón y abrupta del planeta que tan rápido se movía bajo ellos.

—Puerto espacial —dijo Scrum, tocando uno de los monitores de la consola de vuelo—. Veinte clics al noroeste.

Vanguardia llevó la nave hacia una de las pequeñas plataformas de aterrizaje ubicadas en el perímetro. Los edificios eran poco más que mastodontes oxidados y no había más naves a la vista.

—Resulta que es una vieja estación de reabastecimiento —explicó Scrum—. Además, este tipo de sitios solían estar totalmente automatizados. Si le queda algo de combustible en los depósitos, podremos recargar y seguir nuestro camino.

—Muy bien —dijo Bowman. Su voz tronó tranquila desde la parte trasera de la cabina de vuelo—, acabemos con esto. No hace falta que os recuerde que estamos justo en el límite del espacio humano. Aquí no hay nada ni nadie, pero no quiero correr el riesgo de llamar atención innecesaria. Una hora de descanso y nos vamos.

Salieron de la nave estirándose y bostezando.

Scrum llevaba un escáner portátil.

—A ver si este cacharro encuentra la terminal de combustible astrónico más cercana.

—¡Caray —exclamó Vanguardia—, qué bien sienta caminar! —Trotó decidido por el borde de la plataforma de aterrizaje—. ¿Sabéis si podemos conseguir cosas de comer por aquí?

—Depende de si dejaron atrás algo de comida cuando abandonaron este sitio —dijo Scrum, concentrándose en su escáner— y de si la dejaron en un campo de estasis. Imagino que los apagarían todos, lo cual explicaría la peste.

—¡Puñetas! —dijo Vanguardia—. Voy a echar un vistazo. ¿Te vienes, tío?

Scrum asintió, buscando algo todavía en el monitor del escáner, y partió detrás de su amigo.

Stella sonrió al verlos alejarse. Eran una pareja poco común, opuestos absolutos, pero aun así grandes amigos. Stella se preguntaba cómo sería tener un buen amigo, alguien en quien poder confiar, con quien compartir secretos e incluso compartir la vida. La tripulación de la *Caminante* eran amigos suyos, pero también eran sus colegas. Algo dentro de ella ansiaba más, una vida mejor, pero no sabía cómo encontrarla.

—Pensar no es trabajar —gruñó Bowman.

—Es este sitio —dijo Stella—, tan silencioso y olvidado. Apesta a muerte.

—¿Qué te ha puesto de tan buen humor?

Stella suspiró. A lo mejor necesitó ese descanso.

—¿Seguro que es todo lo que necesitas? —preguntó Bowman—. Sé que te uniste a nosotros hace poco. Si quieres irte, hazlo.

—Vaya, capitán, parece que tienes corazón después de todo.

—¿Quién, yo? No te equivoques.

Alguien apareció desde detrás de Bowman, acechando al otro lado del hormigón, desde la *Caminan-*

*te* como una pantera. Koral era alta y de un rubio oscuro como pelo de león, con ojos brillantes y ardientes. Vestía un ante natural flexible y botas de cuero. Era humanoide, pero a veces parecía más un animal, poderosa, depredadora, un poco distante. Stella aún no tenía claro exactamente qué relación tenía Koral con Bowman, pero parecía actuar como una especie de guardaespaldas personal.

Koral le susurró algo a Bowman. Cuando habló, Stella vio sus afilados colmillos blancos.

—No importa —dijo Bowman con calma—, nos vamos a quedar muy poco tiempo.

Koral asintió y se apartó, tan indiferente a Stella y al resto de su entorno como una gata.

—¿Qué le pasa? —preguntó Stella.

—Quiere saber por qué está todo el mundo tan nervioso —contestó Bowman—. Dice que puede oler el sudor.

—Supongo que es esta vida que llevamos.

—Eso, y que este sitio está… mal.

—¿Mal?

Bowman asintió.

—Está vacío, abandonado. Es un mundo cadáver. Como has dicho, apesta a muerte.

Stella se estremeció. Entonces ambos oyeron un grito. La voz de Vanguardia, llamando desde un lugar lejano:

—¡Eh, tíos, venid! ¡Tenéis que ver esto!

Lo encontraron en una pequeña intersección entre los viejos edificios prefabricados. Scrum estaba de pie a un lado, ocupado con las lecturas que tomaba en su escáner mientras movía el aparato para tener mejor señal. Koral recorrió la zona mirando para acá y para allá en busca de indicios de peligro.

Vanguardia estaba emocionado.

—Bueno, ¿qué os parece? —Gesticuló de forma teatral hacia una caja azul con paneles en los lados y unas pequeñas ventanas escarchadas en lo alto de unas puertas dobles.

Un cartel en lo alto rezaba:

CABINA DE TELÉFONO PÚBLICA DE LA POLICÍA

—¿Y eso qué es?

—Pues parece que una cabina de teléfono pública de la policía —dijo secamente Scrum.

—¿*La policía*? —repitió Vanguardia— ¿Qué puñetas es *la policía*?

—Son palabras antiguas para *fuerzas de la ley* —dijo Bowman.

—¿Y entonces qué pinta aquí? —preguntó Vanguardia—. Por aquí no hay ley, eso seguro.

—A lo mejor la pusieron hace mucho —sugirió Stella.

—¿Y dejaron las luces encendidas? —Vanguardia apoyó la mano sobre un lado de ese objeto—. ¡Eh, esto zumba!

Stella había dado la vuelta alrededor de la caja. Probó con la puerta, pero estaba cerrada.

—Es muy raro —dijo Bowman—, pero no es a lo que hemos venido. Scrum, ¿has encontrado ya algo que nos sea de utilidad? Tiene que quedar combustible en los tanques, en algún lado.

—¡Ah, y lo hay! —confirmó Scrum—, pero también tengo otras lecturas. El escáner indica que el sistema informático automático sigue en marcha. Repostar no debería ser problema. Pero los ordenadores están usando un código de señales extraño que no consigo identificar correctamente.

—¿Y eso importa?

—Bueno, en realidad no, salvo por una cosa: detecto también otra señal igual de inusual de las profundidades, casi debajo de nosotros…

Bowman frunció el ceño.

—¿Qué tipo de señal?

—Una especie de reverberación. Como un golpeteo, pero no es mecánico. No podemos oírlo, claro, pero si aíslo las vibraciones y aumento la señal de audio… —Scrum toqueteó los controles de su escáner y de pronto se llenó el aire del siseo del ruido estático, junto a unos golpes rítmicos en el metal, que repetían sin fin:

*Tac. Tac. Tac. Tac-tac-tac. Tac. Tac. Tac.*

—Increíble… —susurró Scrum cuando todos lo hubieron escuchado unas cuantas veces—. No puede ser.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Bowman.

Scrum parecía fascinado.

—Bueno, parece casi imposible…

—Suéltalo ya, tío —le espetó Vanguardia.

Scrum se lamió los labios secos.

—Hace miles de años, en la Tierra, antes de que hubiera viaje espacial, un hombre llamado Morse inventó un código que consistía en sonidos cortos y largos, puntos y líneas, para representar cada letra del alfabeto. Tres puntos y tres rayas, seguidos de otros tres puntos, significan SOS.

—Es una llamada de auxilio —dijo Stella.

Localizaron la señal enseguida. Koral se quedó haciendo guardia en la entrada mientras los demás bajaban varios niveles bajo el espaciopuerto a través de una serie de ruidosas escaleras de metal.

—Este complejo se extiende hasta mucha profundidad —explicó Scrum mientras avanzaban—. Los silos de repostaje tenían que ser *enormes*.

—En esa época los necesitaban así —dijo Bowman.

Acabaron por llegar a un pequeño pasillo lleno de

puertas y unos cuantos terminales informáticos. Scrum rastreó la señal SOS hasta llegar a una puerta de aspecto pesado que tenía unas señales de advertencia.

—¡Shh! —ordenó Bowman—. Escuchad...

Ya podían oír el golpeteo, débil, pero claro, a través de la puerta de metal.

—¿Cuánto tiempo pueden llevar atrapados aquí abajo? —preguntó Stella.

—Un momento… —interrumpió Vanguardia. Dio un pequeño paso atrás para tener espacio para sacar su arma. Todos estaban armados, pero solo Vanguardia había traído un rifle de asalto.

—¿Piensas que será necesario? —preguntó Stella.

—¡Puñetas, no sabemos nada! No sabemos qué hay detrás de esa puerta, pero sabemos que es territorio de piratas.

—¿Piensas que ahí dentro hay un pirata?

—O algo peor. A lo mejor un mutante. O una víctima de una plaga. Puede que *la policía* encerrara a quien haya ahí dentro con buen motivo.

—¿Y conoce el código Morse? —insistió Stella.

El golpeteo había continuado mientras tanto, completamente ajeno a la discusión.

—Puede ser un truco. —Vanguardia amartilló su arma y apuntó a la puerta—. Debemos tener cuidado. Es lo único que digo.

Bowman sacó su pistola bláster.

—Solo hay un modo de saberlo. Abre esa puerta, Scrum.

Scrum empezó a manipular el pequeño panel de control junto a la puerta.

—Ahí está otra vez esa señal extraña. Como si el ordenador funcionara con un sistema distinto al de su diseño original. Las puertas están cerradas y bloqueadas, pero debería poder saltarme… ¡Ajá!

El panel de control pitó y, en algún lugar dentro de la puerta, unos pesados pernos de metal se fueron separando.

Todos se apartaron para disparar con seguridad mientras las puertas se abrían.

Sentado en el lado opuesto de la pequeña celda tras las puertas, había un hombre con un traje marrón a rayas. Sostenía una cuchara. Miró a la gente que había reunida en la entrada y, a pesar de las armas que lo apuntaban directamente, iluminó su rostro con una gran sonrisa.

—¡Hola! —dijo alegremente.

# DOS

¿Quién demonios eres? —La voz de Bowman sonaba como el trueno lejano de una tormenta que se aproxima.

El hombre de la celda no pareció preocuparle.

—¡Soy el Doctor! —anunció, poniéndose de pie. Era sorprendentemente alto y delgado, tenía el pelo oscuro y puntiagudo, y una mirada punzante.

Hubo un sonoro clic cuando Bowman amartilló su pistola bláster, cuyo cañón apuntaba a un punto justo entre los ojos del Doctor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

El Doctor miró rápidamente alrededor de la celda desnuda, casi como si fuera a un niño al que habían pillado robando de la alacena.

—¡Nada! —dijo—. Bueno, nada, no... He estado sentado sobre mis posaderas tocando SOS con mi cuchara y esperando a que apareciera alguien. Pero, aparte de eso, nada.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Stella.

—¡Pufff, una eternidad! Una *eternidad*. Vale, cinco días, catorce horas y 27 minutos, la verdad, pero ¿quién lleva la cuenta?

Stella miró por la celda, claramente confundida.

—¿Cinco días…?

—Sí. Me muero de hambre. No lleváis encima nada de comer ¿verdad? Una taza de té sería un regalo divino —sonrió y le guiñó un ojo a Stella.

—¡Cállate! —ordenó Bowman—. Vanguardia, cachéalo.

Vanguardia guardó su rifle y se acercó. Apartó las manos del Doctor de un golpe y lo registró como un experto. Stella no pudo evitar darse cuenta de que su traje era muy ajustado y que no permitía ocultar fácilmente ningún armamento extraño; de hecho, no parecía llevar encima nada salvo la cuchara, una linterna de bolígrafo, un par de gafas de pasta antiguas, una cartera y una especie de aparato cilíndrico con una luz azul en un extremo.

—¿Qué es esto? —preguntó Bowman, sosteniendo el dispositivo.

—Mi destornillador sónico.

—¡Bah! —Bowman le tiró el destornillador de vuelta y el Doctor se lo volvió a meter en el bolsillo, junto con el resto de sus posesiones, a excepción de la cartera.

—Su identificación —dijo Vanguardia, abriendo la cartera. Hizo una pausa y frunció el ceño—. Pone que es un pirata.

—¿Qué? Dame eso —dijo Bowman, cogiendo la cartera. La abrió y miró—. No seas idiota. Dice que es… —El capitán dudó—. ¿Qué pone? No acabo de entenderlo.

Le dio la cartera a Stella. Ella la abrió, miró al Doctor y luego volvió a mirar la cartera.

—No pone nada. Está en blanco.

El Doctor le cogió la cartera con amabilidad y se la guardó en un bolsillo. Sonreía a Stella casi con admiración.

La propia Stella sintió que se sonrojaba y dijo:

—No puedes haber estado aquí abajo tanto tiempo. Estás como recién afeitado.

El Doctor se frotó la barbilla inquisitivo.

—Bueno, sí…, pero no te creerías la concentración que hace falta para que no le salga barba a uno en tanto tiempo. Luego me va a picar horrores.

—Vale, se acabó —dijo Bowman—. No sé qué demonios estás haciendo aquí, doctor como te llames, pero no me puedo permitir perder más tiempo en este vertedero. —Se dio la vuelta, pues había perdido el interés, y se dirigió a Scrum—: Vuelve a la nave y ponte a repostar. Quiero salir de esta roca perdiendo el culo.

Scrum asintió y se dio la vuelta para irse. Entonces dijo:

—¿Y qué pasa con la señal, capi?

—¿Qué señal?

—La señal extra que usa el ordenador.

—No me interesa. No tiene que ver con nosotros. Ahora, en marcha.

Scrum se fue y Stella vio que el Doctor observó cómo se iba examinándolo con su mirada afilada. Bowman le ordenó a Vanguardia que buscara provisiones por la zona y, mirando de reojo hoscamente al Doctor, también se fue.

—A Scrum no le falta razón —le dijo Stella a Bowman—. Aquí no tiene sentido nada. ¿Por qué está este tipo encerrado aquí abajo? ¿Quién lo ha encerrado?

—¿Sabes qué, Stella? También me gustaría saber quién me ha encerrado. Porque, antes de que llegarais, creo que era la única persona que había en el planeta.

—¿Qué te ha traído aquí? —preguntó Bowman, que observaba al Doctor con sospecha todo el tiempo.

—No estoy seguro. Algo sacó a mi nave de su rumbo. —Los gestos alegres del Doctor de pronto fueron sustituidos por un gesto pensativo y serio—. Ahí fuera hay algo que no va nada bien.

—¿Puede tener algo que ver con esa señal extraña del ordenador de la que hablaba Scrum? —aventuró Stella.

—Vamos a ver, ¿vale? —El Doctor pasó frente a ella para llegar al terminal informático y sacó sus gafas. Encendió la máquina y la pantalla se iluminó.

BIENVENIDOS A LA ESTACIÓN POLARIS 479

—Ya, ya, eso ya me lo has contado.

Cambió la pantalla con un gesto de la mano:

HURALA – EL PORTAL A LAS ESTRELLAS

—¿Qué significa eso? —preguntó Stella.

El Doctor cambió el gesto:

—No mucho. Estos sitios solo eran escalas para gente que iba de camino a sitios más interesantes. Mira, aquí hay una lista de planetas: Klechton (ese es un rollo, la verdad); Jalian 17 (está bien para ir de fiesta, si es lo que te va); Tenten 10 (el planeta decimal); Blenhorm Ogin (ese no me suena de nada)…

—¡Oh! —exclamó Stella, señalando—. ¡Mira, Arkheon! ¡Ese lo conozco! Solían llamarlo «el planeta de los fantasmas».

—Ah, sí —dijo el Doctor, asintiendo con entusiasmo—. Siempre he querido ir allí, pero nunca he visto el momento. Creo que en vez de eso fui a las catacumbas de Londres. ¿O fui al Madame Tussauds?

—¿Podemos continuar? —los cortó Bowman impaciente.

—Casi estamos —dijo el Doctor. Pronto, la pantalla se llenó de información más técnica—. Vale, a ver… Este es el programa base de la estación de reabastecimiento. Es un sistema operativo estándar,

pero lleva años dormido. Aunque ahora se ha vuelto a activar, desde que he llegado yo. Y parece que *eso* ha activado otro programa. Uno muy enterrado en el servidor principal. Vamos a ver si puedo excavar… —Sacó su destornillador sónico y apuntó al ordenador—. ¡Bingo! —gritó de pronto, haciendo que Stella saltara y Bowman lo mirara con gesto asesino.

—¿Qué es? —preguntó Stella.

El doctor golpeó la pantalla con el dedo.

—Ah, pues algo muy bueno. Mira, un sistema de invalidación. Un nuevo programa metido ahí dentro a la fuerza. Cuando se activa, como ahora, asume el control total de toda la base. No me encerró nadie en esa celda. Lo hizo ella automáticamente. La base sintió que estaba allí y activó la trampa. ¡Pam! ¡Qué lista!

Stella frunció el ceño.

—¿Pero por qué? ¿Para qué?

El Doctor sonrió.

—Jo, es que haces todas las preguntas correctas, ¿eh?

—Pues aquí tienes otra buena pregunta —gruñó Bowman—. ¿Qué pasa con el otro pobre tío de la celda?

El Doctor miró triste al esqueleto que yacía en el suelo.

—No estoy seguro. Seguramente le pasó lo mismo, pero no tuvo tanta suerte como yo.

—Y que lo digas.

—O —sugirió Stella— a lo mejor era una de las personas que instaló el sistema de invalidación. Bueno, alguien tuvo que hacerlo. A lo mejor cayó en su propia trampa.

El rostro del Doctor se oscureció.

—O a lo mejor era prescindible.

—Los muertos no cuentan cuentos —dijo Bowman sombrío.

—Exacto.

Stella se estremeció.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué es?

—Y ahí estás otra vez —dijo el Doctor—, haciendo todas las preguntas correctas en el momento perfecto. No te detengas.

—¿Te gustan las preguntas?

—¡Me encantan! ¿Pero sabes lo que me gusta más que una buena pregunta? Una buena respuesta. —El Doctor los miró expectante a Bowman y a ella—. ¿Tenéis alguna?

Ambos sacudieron la cabeza.

—Ah. bueno. No se puede tener todo, supongo. —El Doctor volvió a girarse hacia el terminal informático y siguió trabajando—. A lo mejor puedo aislar el programa nuevo desde aquí.

—¿Es necesario? —preguntó Bowman.

—La trampa saltó cuando entré en esa celda y el ordenador le envió una señal de alerta a alguien. Tu amigo Scrum la encontró. Pero me pregunto quién era su destinatario.

—¿Te refieres a quién ha montado la trampa? —preguntó Stella.

—A la primera. —El Doctor ajustó los controles y oyeron una extraña señal llena de estática que se repetía una y otra vez.

—Código morse otra vez no —dijo Bowman.

—No. Demasiado complejo. —El Doctor retorció la cara de concentración, como si intentara descifrar el extraño sonido—. Pero sí que me resulta familiar…

—El caso —siguió Stella— es que tiene que haber estado emitiéndose desde que llegaste aquí. Cinco días, catorce horas…

—Y… ¡Ah, treinta y un minutos, ya! Sí, bien visto. Quien sea que tenga que recibir la señal ya lo habrá hecho —el Doctor dejó caer la cabeza—, lo que significa que podrían llegar en cualquier momento para recoger su premio.

Bowman cogió su comunicador.

—Scrum, prepara la nave tan rápido como puedas. Esperamos compañía.

No hubo respuesta.

—Scrum, ¿me recibes?

Un grito lleno de estática salió del comunicador. Podían oír la voz de Scrum diciendo algo, pero era imposible entender qué.

—Algo interfiere con el campo de comunicaciones —explicó el Doctor. De pronto estaba completamente serio—. Sean quienes sean, ya están aquí.

Stella tragó saliva. Había una tensión creciente en el aire, como si todo alrededor de ellos se estuviera cargando de electricidad estática.

El Doctor estaba trasteando de nuevo con el ordenador, tecleando a una velocidad frenética.

—Si puedo aislar la señal interferidora desde aquí… —De pronto paró helado, con los dedos curvados sobre el teclado—: Oh, no. No, no, no. Escuchad eso.

Stella y Bowman escucharon el sonido que emanaba de los altavoces del ordenador. Era un palpitar lento y pesado, como de un corazón electrónico.

El Doctor tenía el gesto ceniciento.

—No puede ser —lamentó—. Es *imposible*.

Bowman había vuelto a sacar su bláster.

—Pues ya puedes creerlo.

Y entonces, con un terrible chirrido de metal desgarrado, la puerta de entrada al pasillo se abrió con una explosión. La metralla voló cortando el aire. Los

tres estaban ya agachados y dándose la vuelta cuando algo grande y metálico empujó los restos del suelo.

Stella se quedó sin aliento de la impresión. Eran tres, atravesando lo que quedaba de la puerta, con un destello oscuro en su armadura de bronce pulido y las armas girando en sus cuencas, con antenas oculares que se giraron para mirarlos con brillantes lentes azules.

—¡Daleks! —dijo el Doctor, horrorizado.

—¡EXTERMINAR! ¡EXTERMINAR! ¡EXTERMINAR!